

Fuerzas Profundas en el proceso de la Revolución Rusa: el caso de la Intelligentsia.

Patricia Kreibohm

Introducción.

Tanto por su geografía, como por su carácter y su gente, Rusia es un fenómeno único en la Historia Contemporánea; un fenómeno enorme, arrollador y profundamente intenso.

Desde nuestra perspectiva, desde sus orígenes, este país estuvo atravesado por múltiples Fuerzas Profundas; fuerzas, que se gestaron a partir de las condiciones de su realidad intrínseca y que se manifestaron de distintas formas y en diferentes épocas de su historia.

Uno de los hitos más importantes de su evolución es, sin duda, el proceso revolucionario de 1917. Un proceso que transformó radicalmente a este país, no solamente desde el punto de vista social, económico y cultural, sino esencialmente, desde lo político. De hecho, la doble revolución no sólo sustituyó a una monarquía autocrática por un sistema comunista, sino que creó una nueva entidad política - la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas - que habría de jugar un papel preponderante en los procesos históricos durante casi todo el siglo XX.

La línea de investigación de nuestro Proyecto tiene como principal objetivo articular el conocimiento de los procesos históricos globales del Siglo XX, con las herramientas teóricas de la ciencia de las RRII. En otras palabras, nuestra meta es analizar e interpretar los procesos históricos, mediante la aplicación de las teorías, las categorías y las hipótesis de las RRII.

En sintonía con este enfoque, el objetivo de este trabajo es analizar uno de los factores que contribuyó de manera sustancial al desencadenamiento de la revolución, empleando una categoría específica de las RRII. Concretamente, se trata de examinar el papel y la trayectoria de la Intelligentsia rusa, entendiéndola como la manifestación de una Fuerza Profunda, según la categoría acuñada por Pierre Renouvin.

En ese sentido nuestras hipótesis afirman que:

El sustrato de la de la revolución rusa de 1917, estuvo constituido por un conjunto de Fuerzas Profundas. Cuando estas maduraron y se transformaron en Fuerzas Organizadas, el liderazgo revolucionario logró materializar el proceso.

Una de esas Fuerzas Profundas fue la Intelligentsia a partir de la cual, se gestó una Fuerza Organizada que fue crucial para concretar la revolución: los partidos políticos.

El origen de los estudios internacionales: Renouvin y la categoría de las Fuerzas.

La Gran Guerra de 1914 había devastado a Europa. Efectivamente, durante cuatro años los ejércitos de más de veinte naciones se habían enfrentado encarnizadamente, ocasionando saldos destructivos verdaderamente inéditos. El número de muertos superó los 9 millones y la cifra de los afectados de manera directa, puede situarse alrededor de los 20 millones de personas. Sin embargo, sus efectos no se circunscribieron a las víctimas. La guerra transformó el pensamiento, los sentimientos y el entramado mismo de la convivencia social. Hacia 1918 el estupor de las poblaciones era casi tan intenso como su angustia y su desesperación; a partir de entonces, ni Europa ni el mundo volverían a ser los mismos.

Muchos intelectuales de la época - abrumados por las circunstancias - se plantearon entonces la necesidad de buscar respuestas y explicaciones a lo sucedido. Así, tanto en Gales como en Londres y en París surgieron, tímidamente, cátedras, institutos y centros de estudio que concentraron sus esfuerzos en alcanzar dos objetivos fundamentales: el primero, explicar las causas de los conflictos y de las guerras entre los Estados; el segundo, encontrar la forma de anticipar las tendencias de las relaciones internacionales a fin de prever y prevenir el desencadenamiento de semejantes catástrofes. En esta coyuntura nacieron - en la década de los años 20 - los Estudios Internacionales; un área del conocimiento que se desarrolló lentamente hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial y que, durante la segunda mitad del siglo, se consolidó como una vigorosa disciplina científica: Las Relaciones Internacionales.¹

Entre sus primeros estudiosos estuvo Pierre Renouvin, un historiador francés quien, desde su cátedra de la Sorbona sentó las bases de uno de los ejes fundantes de esta nueva línea analítica: la Historia de las Relaciones Internacionales. Profundamente influenciado por los avances de la “Nouvelle Histoire” francesa, Renouvin desarrolló un conjunto de innovaciones metodológicas que facilitarían la comprensión y la interpretación de los procesos; incursionó en temas novedosos y acuñó una serie de conceptos y categorías que resultaron sumamente funcionales para examinar los acuciantes pro-

¹ El crecimiento de la disciplina fue significativo y sus centros más importantes se situaron en los EEUU.

blemas de la realidad.² Una de ellas, es la categoría de las Fuerzas. Según sus palabras, las relaciones internacionales han estado, desde siempre, influidas por un conjunto de Fuerzas que han condicionado su desarrollo, su dinámica y su estructura:

“Las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, los caracteres de la mentalidad colectiva, las grandes corrientes sentimentales, nos muestran las fuerzas profundas que han formado el marco de las relaciones entre los grupos humanos y que, en gran medida, han determinado su naturaleza... En sus decisiones o en sus proyectos, el estadista no puede ignorarlas; ha experimentado su influencia y está obligado a admitir los límites que ellas le imponen a su acción”.³

Desde su perspectiva, estas fuerzas (demográficas, sentimentales o económicas) son colectivas, emanan de las sociedades y, una vez desencadenadas, retornan a ellas influenciándolas o condicionándolas. Según el autor, la consideración de su existencia es clave para interpretar problemas tales como: la exacerbación de los nacionalismos, los conflictos motivados por intereses económicos o por convicciones religiosas, las tensiones originadas por la búsqueda y la conservación del poder, el ímpetu de los sentimientos comunitarios y tantas otras manifestaciones de la vida social nacional e internacional.

Para el autor, estas fuerzas se configuran a partir de un cúmulo de percepciones, sensaciones y necesidades y constituyen poderosos impulsores de las acciones humanas. Esto hace que su estudio no pueda realizarse de manera simplista; por el contrario, para identificarlas y examinarlas adecuadamente es necesario llevar a cabo análisis muy rigurosos; las fuerzas deben ser comprendidas en su propia esencia y a través de su dinámica particular.

Sobre la base de estas premisas, Jean Baptiste Duroselle - quien fuera uno de sus discípulos y el principal colaborador de Renouvin - se dedicó a profundizar un conjunto de factores específicos. En este caso, examinaremos dos principios relevantes: el primero está referido a la naturaleza fuerzas y el segundo, a su dinámica.

La naturaleza de las Fuerzas

El espectro de las fuerzas es sumamente amplio y complejo. Esto hace que sea necesario establecer, entre ellas, distinciones cualitativas específicas. Según Duroselle, las Fuerzas pueden dividirse en dos grandes categorías: Por un lado, las Fuerzas Profundas que son masivas, difusas, oscuras y espontáneas; constituyen verdaderas pulsiones a

² La Nouvelle Histoire – desarrollada a partir de los años treinta por Lucien Febvre y Marc Bloch – aspiraba a componer un estudio histórico científico de la sociedad a través del cual se superaran los límites de la “superficialidad” de la Historia Diplomática. Cf: Pereira Castañares, Juan Carlos. Op. Cit. P. 21

³ Renouvin, Pierre. *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*. FCE, México, 2000 Pp. 9-10

través de las cuales se manifiestan sentimientos, deseos, temores, angustias y rencores. Son irreflexivas, suelen gestarse de manera esporádica y sus efectos son casi siempre imprevisibles; impulsan rebeliones, levantamientos, marchas y motines y normalmente subyacen en la base de muchos procesos revolucionarios.

En segundo término, las Fuerzas Organizadas - o presiones - mucho más precisas, claras y definidas que las anteriores, se desencadenan de manera deliberada y en función de objetivos o metas predeterminadas. Las fuerzas organizadas pueden graduarse y regularse y sus niveles de eficacia son más amplios que los de las pulsiones. Teóricamente, los resultados de su impacto son bastante más previsible. Como ejemplo de ellas, el autor menciona la propaganda, las acciones sindicales, las campañas electorales, etc.

Su dinámica

Las fuerzas no son estáticas. Frecuentemente mutan, se movilizan y se conectan a través de un juego particular que se materializa en una serie de procesos de retroalimentación. Dichos procesos pueden acabar modificando sus componentes o, sencillamente, transformándolas. Así - y bajo determinadas circunstancias - las fuerzas profundas pueden madurar hasta convertirse en fuerzas organizadas.⁴ En general, esta mutación se completa cuando las fuerzas profundas se fortalecen a través de una toma de conciencia de lo insoportable.

Las Fuerzas Profundas en la Rusia pre-revolucionaria

Básicamente, las Fuerzas Profundas más importantes que se gestaron en la Rusia pre-revolucionaria, surgieron a partir de la yuxtaposición de un complejo conjunto de elementos. En este trabajo hemos considerado tres cuestiones específicas.

Las condiciones de vida

Indudablemente no es posible desarrollar aquí el cúmulo de condiciones políticas, sociales y económicas que caracterizaron a la Rusia de la época. Sin embargo, creemos importante destacar algunos de sus rasgos más significativos.

Desde el punto de vista político, baste señalar que, a pesar de la personalidad y el estilo de cada gobernante, los caracteres de la autocracia zarista fueron de los más duros en la historia de la Humanidad.

⁴ "Indudablemente las relaciones entre fuerzas profundas y fuerzas organizadas constituye un punto esencial en cualquier estudio político interno pero también, en cualquier estudio sobre relaciones internacionales." Duroselle, J. B. Op. Cit. P. 176

“Más que en cualquier otro Estado de Europa, el imperio ruso era una máquina que se imponía sobre su pueblo y que no tenía con él ninguna conexión orgánica”.⁵

De hecho, la autocracia configuraba un modelo de rigidez institucional único, que prácticamente no tenía límites y desgastaba sistemáticamente la estructura de poder y las capacidades operativas de sus gobernantes, más allá de sus intenciones de transformación.⁶ Efectivamente, la maquinaria estatal impuesta a los súbditos desde tiempos muy remotos, no dependía necesariamente de la voluntad de algunos monarcas y su funcionamiento había ido deteriorando, de forma sistemática, las relaciones entre gobernantes y gobernados.⁷ Esta situación provocó que, durante la segunda mitad del siglo XIX, Rusia presentara una crisis de representatividad que corroía al sistema y nada parecía poder frenar semejante descalabro.

Indudablemente, Rusia era un imperio formidable; pero un imperio atrasado que vivía en un régimen feudal. Esto significa que, tanto su estructura productiva como los lazos jurídicos que la sostenían, estaban fundados en un modelo jerárquico cerrado de señores, vasallos y campesinos sometidos, absolutamente estático. En este sistema, 40 millones de habitantes estaban sometidos al poder de un hombre todopoderoso: el emperador autócrata de todas las Rusias. Su poder era absoluto e ilimitado, además de incontestable. Nada ni nadie podía oponerse a él. El zar era el dueño de todo; disponía sobre la guerra y la paz; su voluntad era la ley; tenía el control total en materia política, económica y social e imponía al país su estilo y sus maneras. Incluso la Iglesia Ortodoxa - que poseía su propia cuota de poder - estaba dominada por la monarquía pues, tanto sus riquezas como su clero, dependían de la voluntad del zar.

“Durante generaciones, las conquistas realizadas por los zares absorbieron las energías del pueblo ruso. Esto explica la servidumbre de la nación entera hacia su zar; una obediencia ciega que no admitía falla alguna... Tal fue el precio con el cual Rusia pagó su grandeza”.⁸

Desde el punto de vista económico, Rusia era un país atrasado. Un país agrícola que no había desarrollado tecnología para superar sus niveles históricos de producción y cuyos

⁵ Palmer, R. y Colton, J. Op. Cit. P. 467

⁶ Según H. Kissinger, la autocracia zarista fue, desde el siglo XVIII el modelo más perfeccionado del ejercicio arbitrario del poder. Cf: Kissinger, Henry. *La diplomacia*. FCE, México, 1994. P. 136

⁷ Alejandro II intentó aligerar el sistema autocrático y ampliar el sistema de libertades públicas: abolió la tan temida Tercera Sección (policía secreta) favoreció la libertad de prensa y propuso la constitución de comisiones nacionales elegidas por el pueblo para que conformaran un Consejo de Estado que asesorara al zar. El día que firmó este decreto - 13 de marzo de 1881 - fue asesinado por una bomba en un atentado cuidadosamente preparado por el grupo Narodnaya Volya. Palmer y Colton. Op. Cit. Pp. 286-287.

⁸ Ibidem. P. 467

inmensos recursos naturales, no podían ser aprovechados adecuadamente. Incluso, y a pesar de los esfuerzos de una proto-industrialización iniciada durante el reinado de Pedro el Grande, el país no había logrado transformarse. En realidad, este imperio tenía importantes dificultades: grandes distancias, aduanas internas y la falta de capacidad productiva. Por otra parte, la mano de obra, compuesta generalmente por siervos liberados, no era eficiente y la burguesía era reducida y débil.

A fines del Siglo XVIII surgieron algunos emprendimientos industriales improvisados: pesquerías, cereales y minas. Algunos de sus propietarios eran nobles, otros extranjeros e incluso había algunos siervos o comerciantes enriquecidos. De esta época data la exportación de trigo, la venta de algunos productos manufacturados, la navegación y el tráfico marítimo. Hacia 1817 se registró un importante desarrollo de la industria algodonera y con ello se agilizó la creación de fábricas textiles y en 1837, se generó un cambio cualitativo cuando se desarrollaron los ferrocarriles y el vapor.

La propiedad de la tierra era otro de los temas insalvables. Los únicos propietarios eran la nobleza y el Estado (es decir el zar y su familia), quienes percibían rentas importantes por su rendimiento. Esta forma de administración data de los tiempos de Catalina II, cuando se produjo un endurecimiento del señorío. En este sentido, hay que destacar que existía un abismo de distancia entre los bienes de la alta nobleza con los del resto de la aristocracia rusa. Esto hizo que, en muchos casos, los segundones o los nobles con pocas tierras, instalaran las primeras manufacturas importantes: sobre todo en el sector de la industria metalúrgica, que se ubicó en la zona de los Urales. En 1785, la nobleza quedó exenta del pago de impuestos y pudo disponer libremente de las tierras, de las manufacturas y del comercio; desde ese momento, se incrementaron las obligaciones de quienes trabajaban para ellos.

Con respecto a lo social, Rusia respondía a los esquemas de un sistema pre-industrial. La rusa era una sociedad estamentaria y cerrada, sin movilidad y marcada por la cultura y las tradiciones ancestrales. En este sistema, aproximadamente el 15 % correspondía a la nobleza, el 5 % a la clase media y el resto al campesinado, incluidos los siervos. De hecho, los campesinos eran la espina dorsal de la nación rusa; representaban el 80% de la población y eran la fuerza productiva más importante; alimentaban a todo el país, constituyeron la mano de obra de la incipiente industria y conformaban la masa de los ejércitos. Sin embargo, decenas de millones de ellos carecían de los más mínimos derechos y se encontraban sometidos a un régimen de hierro, ejercido por los señores de la nobleza o por el propio Estado. La única contención del campesino era el Mir, la comunidad campesina en la que – mediante un precario sistema de autogestión – se resolvían los problemas cotidianos. Normalmente sometidos a un trabajo excesivo, al maltrato sistemático de los propietarios y a un clima feroz, los mujiks sólo se tenían a sí mismos.

Probablemente, el grupo social más castigado era el de los siervos. Desde los tiempos del ducado de Moscovia, los terratenientes habían ocupado las tierras y sometieron a muchos de sus habitantes a esta condición. Los siervos no eran hombres libres; estaban atados a la tierra y, por lo tanto, pertenecían a un señor en tanto y en cuanto éste fuera propietario de la parcela en la que ellos estaban asentados. Si el señor la vendía o la cedía por herencia, los siervos pasaban a ser propiedad del nuevo dueño.

El régimen de servidumbre fue instituido en Rusia en el Siglo XV, y desde entonces, se convirtió en una institución fundamental. En realidad, siervos y señores de la nobleza conformaban dos mundos separados y sólo estaban unidos por una lengua y una fe común. Desde aquellos tiempos, los siervos fueron sometidos a todo tipo de abusos, los cuales determinaron, en muchos casos, que se produjeran diversos levantamientos. Entre 1814 y 1818 estas revueltas fueron violentamente reprimidas.

En 1861, el zar Alejandro II decretó la abolición de la servidumbre. En principio, podría decirse que esta fue una medida positiva, sobre todo porque fue tomada con la intención de mejorar la calidad de vida de ese sector de la población. Sin embargo, sus consecuencias fueron bastante negativas. La mayoría de los siervos debió abandonar la tierra en la que vivía y trabajaba y, en muy poco tiempo, Rusia se encontró cubierta de pobladores pobres, sin trabajo y sin vivienda. Muchos de ellos – empujados por la desesperación – emigraron a las ciudades para incorporarse al trabajo fabril. Este éxodo del campo a la ciudad, forzado y desorganizado, provocó diversas alteraciones que complicaron más aún la situación económica. Los siervos, convertidos en obreros, pasaron a conformar una fuerza de trabajo maltratada y mal remunerada que - con frecuencia - se manifestó a través de huelgas y levantamientos violentos.

“La industria rusa hizo perder a los siervos su carácter humano y contribuyó a la formación de un proletariado que se levantará inevitablemente contra la riqueza y la propiedad”.⁹

Las necesidades y los deseos.

El desarrollo de estas dos últimas cuestiones será mucho más breve, ya que sus contenidos podrán comprenderse fácilmente a la luz de lo que se ha expuesto.

Se podría decir que las necesidades y los deseos se entremezclaban. Unas apuntaban a lo que era indispensable, a lo vital y lo fundamental; los otros, a las aspiraciones, a los anhelos e incluso a las ilusiones.

⁹ Palmer y Colton. Op. Cit. Pp. 301

Como es obvio, las necesidades eran innumerables. Necesidades materiales en primer término, pero también necesidades morales, es decir principios, valores y convicciones que no existían en este universo de la Rusia zarista. De hecho, los sectores medios y la baja nobleza consideraban inaceptable no sólo la falta de libertad, sino sobre todo, la abismal desigualdad y la arbitrariedad que marcaban a fuego la convivencia colectiva. En este sentido, los rusos que habían podido viajar a Occidente, se sentían fuertemente impresionados por el contraste que habían experimentado. Debido a que habían entrado en contacto con las ideas de los movimientos liberales, socialistas e incluso anarquistas, se habían profundizado sus sensaciones de malestar y disconformidad. Indudablemente, para muchos, Rusia era un imperio rico y poderoso. Pero eso no era suficiente. También era fundamental que el imperio progresara, y que su pueblo disfrutara de ciertos grados de dignidad y de bienestar.

El reclamo de estas necesidades – muchas veces elementales – se había manifestado desde tiempos remotos mediante sublevaciones campesinas, levantamientos populares y motines. Sin embargo, en general, nunca habían sido escuchados. Por el contrario, la represión había sido la respuesta habitual, lo cual, no sólo había ido creando una brecha entre el pueblo y su gobierno, sino que además, había generado círculos viciosos de violencia que se hacían cada vez más complicados.¹⁰

Durante el reinado de Nicolás II, el deseo de un cambio era casi imperioso. No sólo por parte de los campesinos, sino también por diversos sectores de la población que aspiraban a modificar, de raíz, las condiciones de vida. Como en el caso anterior, los deseos apuntaban a mejorar las condiciones materiales de vida; pero también las no-materiales. Es decir, aquellas vinculadas a obtener mayores y mejores oportunidades.

Los sentimientos y las percepciones.

El sentimiento de injusticia y de arbitrariedad del sistema político eran los más nítidos. En general, y a pesar del lazo que unía al zar con su pueblo, la confianza se había desgastado y los resentimientos se incrementaban. Por otra parte, la frustración colectiva era constante y este sentimiento, fuertemente arraigado en vastos sectores de la población, generaba a su vez, tensiones, rencores y conflictos.

En este punto nos ha interesado incluir en el análisis, la teoría de la Frustración - Agresión, la cual fue desarrollada por Dollard, Dobb y Miller hacia los años 40 en la universidad de Yale.

¹⁰ Uno de los levantamientos más emblemáticos fue el de Pugachev entre 1773 y 1775.

Su postulado más importante sostiene que: la frustración conduce normalmente a la agresión. En otras palabras, la frustración - que es la sensación que experimenta un individuo cuando no pueden alcanzar sus metas - genera sentimientos de enojo, dolor o ira. En general, este bloqueo de meta, es atribuido a un agente o factor externo e interpretado como una barrera que se interpone entre él y sus objetivos. Cuando el individuo identifica a esa barrera, intentará llevar a cabo acciones para derribarla. Muchas veces esas acciones se traducen en agresión.¹¹

En su planteo, Dollard sostiene que esto puede aplicarse no sólo los comportamientos individuales sino también los colectivos, aunque señala que en estos casos los procesos son más lentos pues las percepciones son menos uniformes y las interpretaciones más heterogéneas. Por otra parte, señala que las respuestas pueden ser más variadas pues están vinculadas a los modos culturales y a un complejo de factores sociológicos muy diverso. Uno de los ejemplos que se señalan como frustración colectiva, es la falta de integración social.¹²

Más allá del debate que pueden despertar estas afirmaciones, está claro que el sentimiento de frustración era palpable en buena parte del pueblo ruso; una frustración derivada de sus limitaciones, sus carencias y sus anhelos de un cambio. De hecho, para muchos, la fuente de todos estos males se encontraba en el corazón del sistema zarista.

El surgimiento del movimiento revolucionario: la Intelligentsia

A pesar de su atraso político, económico y social, Rusia poseía un importantísimo nivel de desarrollo cultural. Especialmente en el área de la música, la literatura y la filosofía. De hecho, muchos de los autores y compositores de la época se mantienen como verdaderos referentes universales hasta la actualidad. Por otra parte, sus universidades creadas a mediados del siglo XVIII - especialmente la de Moscú y San Petersburgo - fueron centros de alto nivel académico donde se formó una masa crítica de profesionales e intelectuales de alta calidad.

En definitiva, Rusia contaba con una elite de intelectuales a cuya gestación contribuyó sustancialmente la vida urbana y la gestación de organizaciones secretas - que habían proliferado considerablemente - en las cuales se discutían apasionadamente, las ideas marxistas y anarquistas. Esto se debió a que muchos de ellos habían tenido la oportuni-

¹¹ No siempre la identificación de la barrera es correcta. En muchos casos, las personas atribuyen su frustración a factores que nada tienen que ver con ella. Sin embargo, a los efectos prácticos, el resultado es el mismo.

¹² En los años 60, Albert Bandura propuso una actualización de la teoría afirmando que: una perspectiva más actual entiende que la frustración es una reacción emocional interna que surge ante la contrariedad pero que ésta no siempre es respondida mediante conductas agresivas. En este sentido, sostiene, el aprendizaje y la experiencia actúan como moderadores de la reacción ante la frustración y esto implica que no siempre el sujeto actuará de manera agresiva ante la privación de la meta deseada.

dad de viajar a Occidente, donde tomaron contacto con ideas y corrientes teóricas como el liberalismo, el socialismo y el anarquismo. En general, todos tenían una fe casi mística en el poder del pueblo ruso, admiraban el Mir, y eran partidarios de llevar a cabo una revolución popular que acabara con las angustias del campo y las ciudades. Desde mediados del siglo XIX - y estimulados por los problemas derivados de la liberación de los siervos y los levantamientos campesinos - muchos de estos hombres se sintieron conmovidos por la situación del pueblo y, casi espontáneamente, fueron gestando en Rusia un movimiento - fuertemente comprometido con la condición del campesinado - al que podemos identificar como una *intelligentsia*. Identificados con ideas de libertad, de progreso, de justicia y de fraternidad, creían vigorosamente en la necesidad de implementar cambios que contribuyeran a modificar el contexto económico y social de la población.

Estos sectores se reunían periódicamente y debatían las estrategias más adecuadas para conducir el cambio. En esas reuniones, se lanzaban fuertes críticas al gobierno que, temeroso de las nuevas fuerzas, incrementó la censura y los controles internos.

“Los rusos ilustrados, con ideas occidentales, se encontraban tan distantes del Gobierno como de la Iglesia Ortodoxa, a la que consideraban un brazo del zar. Estos hombres se sentían inquietos dentro de una masa de ignorancia y oscurantismo, y sufrían una sensación de culpabilidad frente a las condiciones de vida de la enorme mayoría de la población. De estos elementos surgiría la *intelligentsia* que configuraría casi una clase aparte”.¹³

Este sector era amplio y variado. En él convivían distintas ideologías y sectores sociales diversos, lo que encendía las discusiones y las polémicas. De hecho, durante mucho tiempo, los debates y los desacuerdos de sus miembros, la mantuvieron en el plano teórico. Sin embargo, con el paso del tiempo, las ideas y los proyectos fueron madurando dentro de esta Fuerza Profunda que, mucho más adelante habría de materializarse en algo tangible y real. Un Fuerza Organizada que fue decisiva para la concreción del proceso revolucionario.

A los efectos de brindar un panorama sucinto de su evolución, marcaremos las grandes líneas de su itinerario histórico hasta la conformación de los grandes partidos políticos, en el Congreso de Bruselas de 1903. Por supuesto, esta evolución no fue lineal ni ordenada, por el contrario, hubo giros, retrocesos e incluso momentos de paralización que incrementaron la complejidad del proceso. Sin embargo, y a los efectos de facilitar su comprensión, lo simplificaremos a través de un esquema sencillo y ordenado.

Los debates: reforma o revolución.

¹³ Duroselle. J. P. Op. Cit. P. 53

En una primera etapa, la discusión entre los intelectuales giró en torno a dos posiciones bastante nítidas, a partir de las cuales surgieron dos corrientes: los reformistas y los revolucionarios. Quienes adherían a la primera, consideraban que era el propio sistema estatal el que debía hacer los cambios ya que el gobierno era, indudablemente, el que tenía mayores posibilidades de lograrlo pues contaba con todas las herramientas necesarias. Por su parte, los revolucionarios discrepaban con este sector pues afirmaban que el zarismo no tenía ninguna intención de modificar el statu quo; por el contrario, entendían que el esquema de poder era tan funcional y redituable para sus autoridades que era ingenuo pensar en una transformación a partir de esa vía. Además, creían que Nicolás - cuya poca vocación política y sus problemas familiares le jugaban en contra - era el zar menos indicado para acometer el cambio.

Terrorismo o revolución de masas.

Con el tiempo, los reformistas perdieron espacio y fueron desapareciendo. Evidentemente, el gobierno contribuyó bastante a este hecho. Desde entonces, la mayoría se volcó a la tendencia revolucionaria pero aquí surgió una nueva polémica; esta vez entre quienes creían en la capacidad de la estrategia terrorista para abrir el camino a la revolución y quienes pensaban que esta vía era equivocada y que la única forma de hacer la revolución era a través de una estructura de partidos que condujera a las masas.

El terrorismo venía asolando a Rusia desde hacía varias décadas. Conformadas generalmente por miembros populistas, las organizaciones estaban convencidas de que esas campañas de desgate podían ser eficaces para torcer la mano del poder. Sustentadas en ideas y en experiencias concretas, se creían capaces de liderar la vanguardia del proletariado. Sin embargo, quienes los rechazaban se basaban en un cúmulo de razones que ponía en tela de juicio, no sólo su accionar, sino también, las consecuencias nefastas que sus actos ocasionaban. Concretamente, tanto socialistas como social-demócratas, adherían a la postura del propio Carlos Marx para quien el terrorismo era tan nocivo como erróneo. De hecho, su rechazo por esta estrategia se fundaba en una concepción revolucionaria, totalmente diferente. Para estos teóricos, la función de los intelectuales revolucionarios se limitaba a aconsejar y ayudar a la organización de los trabajadores y no a actuar por ellos.¹⁴

¹⁴Marx insistió en que la revolución proletaria nada tenía que ver con la fantasía anarquista de la destrucción y la redención universales. Creía sí en la violencia revolucionaria - pues la clase gobernante no entregaría el poder pacíficamente - pero no en las *propiedades mágicas* que la violencia política tenía para los anarquistas. Marx creía que las luchas de clases serían una guerra abierta en que las masas lucharían desde el comienzo hasta el final en lugar de hacerlo alguna vanguardia de intelectuales que se atribuyera la representatividad del pueblo. Más tarde esos consejos se centralizarían bajo el liderazgo de un partido revolucionario capaz de conducir la lucha democrática hacia el socialismo, movimiento que Marx denominó "revolución permanente". Cf Rubenstein, Richard. *Alquimistas de la Revolución. El Terrorismo en el mundo moderno*. Granica, Barcelona, 1988. Pp. 189-190.

“Ellos creen que la única condición necesaria para una revolución es una organización adecuada de la conspiración. Son alquimistas de la revolución y comparten con los antiguos alquimistas su confuso empecinamiento, su locura y sus ideas fijas. Se dedican a descubrir cosas que harán funcionar maravillas revolucionarias: bombas incendiarias, máquinas infernales de mágico impacto y, amotinamientos, que rara vez poseen alguna base racional. Siempre ocupados y preocupados con tan absurdos planes y connivencias, no ven otro fin que el próximo copamiento del gobierno existente. De aquí su profundo menosprecio por una mayor ilustración teórica de los trabajadores acerca de sus intereses de clase”.¹⁵

Efectivamente, Marx se opuso tajantemente tanto al terrorismo, como al reformismo, en un momento en que los prematuros ataques contra el Estado parecían ser el mayor peligro para el movimiento de los trabajadores.

Los sectores que defendían la idea de la revolución de masas, coincidían con la postura marxista; no creían que el terrorismo individual fuera una estrategia revolucionaria práctica. Para Lenin, el terrorismo era la violencia de la intelligentsia, no del proletariado y lo que debía llevarse a cabo en realidad, era lo que él denominaba la lucha armada. Esto motivó que, permanentemente, los socialistas condenaran toda forma de terrorismo. Al respecto Trotsky señaló:

“Nosotros los marxistas consideramos que la táctica del terror individual es inútil en la lucha para libera. Un solo héroe aislado no puede reemplazar a las masas”.¹⁶

Hacia finales del siglo XIX se conformaron los primeros partidos: en 1883, se creó en Suiza el Partido Social Demócrata Ruso, al que se unieron un poco más tarde tres figuras clave: Lenin, Trotsky y Stalin. En 1890, se fundó el Partido Social Revolucionario y en 1898, los marxistas rusos fundaron el Partido Social Demócrata del Trabajo, cuyo objetivo era llevar a cabo una revolución internacional de masas que expresara cabalmente la dialéctica histórica de su padre intelectual. Desaprobaban el terrorismo y el asesinato político y, en cierto sentido, fueron considerados menos peligrosos por la policía zarista.

Finalmente en 1903 se celebró un congreso de los partidos en Bruselas al que asistieron distintos representantes del marxismo ruso.¹⁷ Su objetivo era unificar el movimiento y buscar los métodos adecuados para arribar a la ansiada revolución. Sin embargo, el resultado fue absolutamente opuesto y en esta reunión, la unidad del marxismo ruso se

¹⁵ Carlos Marx y Federico Engels. *Collected Works* Vol 10. International Publishers, New York, 1975. pp 318. Citado por Rubenstein, R. Op. Cit. Pp. 191

¹⁶ Leon Trotsky, *against Individual Terrorism*. Pathfinder, New York, 1974, pp 7 y 22. Ibidem P. 7.

¹⁷ Estos partidos funcionaban como ámbitos de discusión, como agencias de propaganda y como difusores de la actividad revolucionaria. Trabajaban en la clandestinidad y eran vigilados constantemente por la policía del zar.

quebró para siempre. Bolcheviques y Mencheviques habrían de enfrentarse, a partir de entonces, como verdaderos enemigos.¹⁸

Conclusión.

Un cúmulo de Fuerzas Profundas se fue gestando en Rusia a través de los siglos. Estas Fuerzas se gestaron en el seno de su sociedad; una sociedad desigual y atrasada, dentro de la cual, los sectores mayoritarios carecían de las condiciones elementales para llevar una vida digna. Durante muchísimos años, las protestas, los levantamientos y los conflictos, fueron la manifestación de estas Fuerzas. Sin embargo, las autoridades nunca las percibieron.

A mediados del siglo XIX se configuró otra manifestación de esas Fuerzas; la *Intelligentsia*. Distinta a la de los levantamientos campesinos pero igualmente poderosa. Conformada por otros estratos sociales, su forma de manifestarse no fue ni la furia ni la violencia de las revueltas. Por el contrario, su vía para expresarse fueron las ideas y los proyectos; ideas y proyectos que, finalmente, lograron encauzarse para contribuir a su maduración.

El mismo Duroselle sostiene que: era la percepción de lo insoportable lo que podía inducir a un grupo humano a buscar otro camino, por muy difícil que éste fuese. La situación de Rusia era insoportable y la *Intelligentsia* operó, no sólo para evidenciarla, sino también para crear las condiciones necesarias para el surgimiento de los partidos políticos. Desde entonces, ya nada sería igual.

Un zar debilitado, un movimiento revolucionario consolidado y orientado por dos partidos políticos, sentaron las bases de una coyuntura a la que sólo le faltaba muy poco para crear las condiciones ideales que conducirían al cambio. La guerra de 1914, la crisis económica y la parálisis del poder político harían lo demás.

En febrero de 1917, los Mencheviques llegaron al poder, derrocaron al zar y crearon un Gobierno Provisional. Siete meses después, y frente a su incapacidad para resolver los problemas más acuciantes, se precipitó la Revolución de Octubre. Con ella, llegaron los Bolcheviques al poder. Desde entonces, se instauró el comunismo, Rusia salió de la guerra, combatió su propia guerra civil y, cuando ésta finalizó, se creó la URSS. Como sostiene Duroselle:

¹⁸ Las diferencias entre ambos estaban dadas, sobre todo, por cuestiones tácticas y metodológicas; sin embargo, fueron lo suficientemente sustanciales para impedir cualquier acercamiento de las partes. Aquí es importante analizar la concepción que Lenin tenía del partido, de la revolución y del papel de las masas en el proceso revolucionario. Giner, Salvador. Op. Cit. Pp. 559-564

“El genio de Lenin consiste en haber comprendido que la presión organizada de un grupo minoritario, debía guiar y acompañar a la pulsión popular, para canalizarla. Su realismo lo llevó a adaptar incesantemente y, a pesar de las resistencias de algunos de sus seguidores... su revolución triunfó”.